**Yo**

No puedo creer lo que me ha ocurrido hoy. ¡Me he dormido! Normalmente soy de sueño pobre y me remuevo despierta entre las sábanas mucho antes de que suene el despertador pero hoy, precisamente hoy, me he tenido que quedar frita. Seguramente tenga algo que ver con que ayer tomé una copa de más, y cuando digo una copa de más significa que en total fueron dos, porque con cuarenta años cumplidos las orgías etílicas se reducen a eso, al menos en mi caso.

Hoy se celebra el claustro de profesores en el que se presenta el plan de estudios del curso que comenzará en pocas semanas y sobre el que me he tomado la molestia de hacer unas cuantas observaciones. Tal evento tiene lugar a las diez, exactamente dentro de un cuarto de hora. Imposible ducharme, con lo bien que me vendría el agua templada para espabilarme, tampoco puedo desayunar, con lo estupendamente que me sentaría un cafetito bien cargado para entonarme, no tengo tiempo de nada, ¡con lo a gusto que me quedaría toda la mañana con la cabeza escondida bajo la almohada para no ver la luz! Ante mi embotamiento mental, hago justamente lo que no se debe si se quiere causar buena impresión: coger apresuradamente la ropa arrugada e impregnada de olor a tabaco de la noche anterior y plantármela encima, sin más. Me aclaro la cara con agua fría y me miro al espejo, horrenda, los párpados hinchados y los pelos revueltos de aquella manera imposible de describir; desisto de maquillarme porque las consecuencias podrían ser dantescas mientras me engaño con la idea de que el aspecto natural resulta doblemente atractivo. Decido entonces esconderme tras unas gafas de sol y, en fin, al primer traspié me doy cuenta de que es mejor ponerme las lentes oscuras una vez salida a la calle.

He bajado como una loca las escaleras del chalet adosado en el que vivo. ¡Vaya! Las llaves del coche no están en el bolso. Subo. La dichosa casita la compré tras conseguir la plaza de profesor titular en uno de los institutos más recónditos de nuestra comunidad siete estrellas. Cambié mi diminuto piso cerca de la calle Calatrava por cien metros cuadrados escasos repartidos en tres plantas más buhardilla pensando que ganaría en calidad de vida viviendo cerca del centro en el que trabajo, así no me pasaría media existencia en los atascos de entrada y salida y me decidí por la urbanización «Las Vegas: Confort y Naturaleza a Quince Minutos de la Capital». Bien, no hay ni un solo día en el que no reniegue por la compra de tal inmueble, varias veces por jornada para ser exactos. No acabo de entender qué pinto yo a tomar por saco de ningún sitio donde la única cosa próxima es mi querido instituto de enseñanza secundaria, mientras la «naturaleza» que anunciaba la promotora queda en realidad reducida al arbustillo que cada vecino tenemos plantado en la entrada, en una jardinera de un metro cuadrado de superficie a la izquierda de la puerta. Aparte de estos raros ejemplares vegetales, la urbanización se encuentra ubicada en un auténtico descampado y se distribuye en una cuadrícula de cuatro calles dirección este-oeste y otras cuatro norte-sur, salvando las distancias, similares en geometría al Cardo Máximo y Decumano de aquellas magníficas ciudades romanas. Casi agradezco no tener jardín y que éste se sustituyera antes de la entrega de llaves por un ridículo patio en la parte posterior para abaratar costes.

*«Las Vegas»* del corredor del Henares no guarda demasiado parecido con «*Las Vegas»* de Nevada (USA). No somos una comunidad pulsante con parques de atracciones para adultos conocidos allende los mares, qué va, aunque ésa no sea razón suficiente para no estar aún hermanados ya que ambas se concibieron para poblar un lugar inhóspito. La diferencia es que mientras el propósito específico de nuestra sucursal americana era convertirlo en un oasis de entretenimiento y juegos de apuestas por dinero para los residentes de Los Ángeles, el designio de la nuestra fue mucho más siniestro. Supongo que no debió resultar muy cara de construir ya que se ubica en un lugar completamente plano y tan yermo como el desierto Sahariano, en unos terrenos baratos recalificados de rurales a urbanos con aviesos intereses. Lo que resulta seguro es que no gastaron un euro en desmochar árboles, dada su inexistencia inicial, no como en aquellos complejos urbanísticos de la zona norte de nuestra querida comunidad autónoma, también de «alto standing», que se llaman *«Entrepinos»* o similar y que parten de un pinar que hay que talar para levantar los adosados. Así, cuando la obra está terminada, nadie que no conozca su historia previa podría sospechar la razón del nombre dado a la urbanización dado que aquello ha quedado convertido en una dispersión de viviendas unifamiliares enfoscadas entre las que, de forma casual, surge alguna destartalada conífera. Eso sí, a veces se sitúan unas mamparas acústicas para evitar en lo posible el ruido de los vehículos que circulan por la autovía próxima y si quieres oír cantar a los pollos, oye, pues te compras una pareja de canarios, que a lo mejor crían y todo. En mi barrio no hay barreras acústicas, los ruidos los aguantamos a pelo, con un par.

Esta mañana podía llegar a batir mi récord de blasfemias dirigidas al adosado. Subía y bajaba las escaleras intentando localizar las llaves del coche cada vez más frenética y con menos capacidad para razonar. Pasaba de mi alcoba a la de mi hijo revolviendo cajones y todo lo que estuviera ante mi vista sin el más mínimo criterio. Busqué en los bolsillos de la chaqueta de lanilla de mi padre y en el armario de los CD's del altillo, bajé al garaje y miré debajo de la barbacoa del patio sin resultado alguno y, eso sí, subiendo y bajando por la escalera de marras cada vez que se me ocurría algún estúpido lugar para los llavines. Por suerte ninguno de los que cohabitan conmigo en el adosado salió de su habitación, de haberlo hecho podría haber ocurrido un genocidio sin parangón alguno en la historia de la urbanización, ya que a mi estado histérico había que añadir las dimensiones de la escalera, resulta tan estrecha que en caso de cruzarte con alguien, uno de los dos debe esperar en el cuarto más próximo para dejar paso al otro. Sabiamente decidieron quedarse agazapados cual conejos en sus diminutos habitáculos.

Finalmente desisto de encontrar las llaves del coche y su duplicado, también misteriosamente desaparecido, al tiempo que sale el mirlo de su guarida en el reloj de *cu-cú* que tengo colgado en el salón dando las señales horarias de las diez de la mañana. Tristemente miro mi Corsa blanco aparcado en el absurdo espacio que en la promoción del chalet osaban denominar garaje. Llamo a mi automóvil cariñosamente «el palomo» porque cuando lo compré de segunda mano hacía el mismo gorgorito que los palomos en celo; fue una avería leve y felizmente solventada cuya única secuela que le ha dejado al pobre ha sido el apodo. Bueno, al menos «el palomo», dadas sus menguadas medidas, cabía allí porque era pequeño y no muy alto, no como el monovolumen de mi vecina adosada izquierda, cuyo marido en un alarde de sobredimensionar las cosas pequeñas (¿sería por algo?) midió y calculó que entraba sobrado y al primer intento de aparcamiento dejó en el techo de su flamante vehículo señales inequívocas de la pintura del cobertizo.

En cambio «el palomo» entra divinamente. Incluso sobra espacio para el coche de baterías que mi ex -marido regaló al niño las últimas navidades. Cuando le informé de que me mudaba de la casa de Calatrava a una unifamiliar en el campo, supuso que era amplia y yo nunca puse demasiado empeño en deshacer el malentendido, me hacía ilusión que pensara que había prosperado y las cosas me iban de perlas. Como moneda de cambio de aquella mentira encubierta debía aceptar de buena gana regalitos cada vez más voluminosos, simulando que allí donde vivíamos el espacio no era un problema. El coche infantil era enorme, una reproducción fidedigna de un todo terreno que en los EEUU resuelven llamar miniatura. En realidad, es tan grande que yo misma, aunque cierto es que no soy gran cosa, podía montarme en él, e incluso alguna vez lo había conducido por las aceras de «Las Vegas» jugando con el niño.

No sé cómo se establecen las conexiones neuronales porque soy de letras, tampoco tengo idea de en qué se fundan las relaciones estímulo-respuesta pero casi sin darme cuenta me encontré saliendo de mi garaje rumbo al instituto acoplada en un 4x4 tamaño pulga, sólo me faltaba el casco. Desde luego algo debí pensar al subirme, aunque no recuerdo qué, no tenía intención de ir por la calzada sino de atajar por el parque, por ese camino la distancia es bastante corta. ¿Que por qué no decidí ir andando? Pues lo mismo me pregunto ahora yo, pero ya he dicho antes que no soy una experta en comportamiento humano y sólo puedo justificar mi conducta como en los juicios: por ser presa de un estado de enajenación mental transitorio. Evidentemente, tal decisión no podía sino conducir a la catástrofe final.

Al principio, no más de cien metros, la cosa no empezó del todo mal. Llevaba un ritmo lento pero constante, creo que mis compañeros del aula de física lo denominan «movimiento rectilíneo e uniforme», esto lo comento para rebatir la funesta fama de la gente de letras sobre que no tenemos la más remota idea de las leyes que rigen la naturaleza. En el momento en que sentí las primeras gotas de lluvia en la cara tuve la certeza de que aquello se ponía de verdad feo. No sé cuantos años llevamos de pertinaz sequía, creo que toda mi vida porque ese vocablo está entre los primeros «complicados» que aprendí de niña, es más, el único recuerdo que guardo del dictador Franco se refiere a la penosa imagen de un anciano decrépito balbuceando algo sobre la escasez de agua; curioso que me viniera esa idea a la cabeza. Pues resulta que ahora, justo en el momento en que yo conduzco el cochecito de mi niño, empieza a llover en plan calabobos.

En seguida comprobé que no había forma de controlar la dirección y que el mini coche se deslizaba por donde le venía en gana. Para no acabar en la calzada y morir aplastada por cualquier furgoneta ramplona que pasara por allí, saque una pierna por encima de la puerta y traté de empujarme hacia la dirección contraria, es decir, hacia el descampado. El espectáculo estaba asegurado para todo amante del arte circense que no quisiera gastarse un céntimo viendo escorzos, sólo tenía que mirar a través de las cortinas de su adosado. Vamos, que tal numerito no se aprecia ni en el «*Cirque Du Soleil*» y la cosa iba a empeorar aún más dado que se iniciaba una rampa de pendiente acusada. De movimiento rectilíneo uniforme pasé en un pis-pas a uniformemente acelerado, pero muy acelerado. Ya no sólo tenía que procurar introducir otra vez la pierna en el coche para no perderla sino equilibrarlo para evitar que volcara. El dichoso cachivache iba muy rápido y yo empezaba a estar mojada, claro, que cuando vi lo que florecía ante mí entendí que lo iba a estar más. Como una aparición mariana surgió una zanja levantada para la canalización del gas en *«Las Vegas»* y hacia ella me dirigía sin remedio. Mis gritos alertaron a los obreros que salieron para ver qué tipo de debacle se les venía encima.

Lo siguiente que recuerdo es a un subsahariano de dos metros de altura y flaco como un fideo equipado con chaleco reflectante y casco ayudándome a salir de un agujero inundado de agua. Algo decía el hombre, no sé qué, pero probablemente tenía más coherencia que lo que yo murmuraba en aquel momento. Me dieron una toalla para secarme y miré de reojo el desaguisado, el cochecito estaba ruedas arriba en el hoyo y la valla indicadora de la zanja desplazada unos metros. En cuanto a mí, no me veía pero me podía imaginar, sentía además escozor en el brazo por el raspón que me había hecho; la verdad es que me encontraba fatal. Les debí parecer la loca de la colina o algo así porque aparte del subsahariano ninguno de sus compañeros se atrevió a hablar, sólo me observaban anonadados. Pensando en positivo, creo que el golpe no me vino del todo mal y me devolvió de nuevo el punto de lucidez que normalmente me asiste ya que perdí de repente todo el interés por la reunión del instituto, sólo deseaba volver a casa y esconderme cuanto antes. Así, alargué al tallarín negro mi tarjeta y le dije que más tarde pasaría alguien a recoger el coche.

Volvía andando y meditando mi estúpida conducta cuando un coche bastante vulgar, creo que un *Seat León*, frenó en seco a mi lado.

—¡Santo cielo! ¿Pero qué diablos te ha pasado?

Era Andrés, uno de los profesores de historia. Era un hombre amable con el que casi siempre coincidía en opinión y en intención de voto en las cuestiones del colegio aunque el trato que mantenía con él era muy escaso. Le expliqué que había sufrido un pequeño accidente y volvía a casa. Ojeó su reloj de pulsera.

—Yo intentaba llegar al instituto antes de que el humo de las velas se hubiera esfumado del todo, sólo para enterarme de las conclusiones. He tenido complicaciones en casa y me he retrasado mucho. Si quieres nos acercamos, quizá aún estén reunidos.

Acepté, aunque lo lamenté tan pronto como me senté en el coche y noté que mojaba el asiento. Por hablar de algo, dije sonriendo tontamente:

—Espero que al menos hayas resuelto tus problemas domésticos.

Me miró de soslayo con el gesto torcido.

—Mucho me temo que apenas han comenzado. ¿De verdad, te encuentras bien?

*«De maravilla»* pensé pero sólo asentí comedida. Seguimos el camino en silencio, con la radio hablando de los desastres de oriente medio y cada uno inmerso en su tumulto interior. Cuando cruzamos la acequia me acurruqué todo lo que pude en el asiento del coche de mi colega para intentar pasar desapercibida al grupo de operarios ocupado en sacar el coche de mi hijo del hoyo.

—Joder, algún chaval se ha caído al canal del gas. ¡Si es que esto está lleno de agujeros, vayas por donde vayas!

Nuestra entrada al salón de actos fue triunfal, el claustro en pleno calló y abrió la boca para rendirnos pleitesía. Les dejamos impresionados, yo con aspecto de ser la única superviviente de una hecatombe nuclear y él con cara circunspecta, la barba medio crecida y aspecto desaliñado. Nos separamos buscando huecos libres. Encontré uno junto a Teresa, una compañera de la cátedra de física y química que separó de mí su silla algo recelosa. En tono bobalicón, aseguré:

—Está lloviendo.

Bueno, como sospechaba, ya todo se había resuelto. A esas alturas mis anotaciones resultaban estúpidas pero, en cualquier caso, aunque hubieran llegado a tiempo, tenía un estado de confusión mental tal que mejor era no abrir la boca si no quería parecer una idiota. Teresa me pasó el horario que me había correspondido y, evidentemente, como no había estado allí para quejarme, aquella tabla consistía en un cuadro descabalado en la que no había dos casillas consecutivas rellenas. Me esperaba un año guapo de horas sueltas. En fin, no podía esperar que en mi ausencia aquella jauría de profesores me hubiera tenido en consideración. Me crucé con la mirada de Andrés que tenía mi misma expresión, seguro que su programa no resultaba mucho mejor que el mío. Busqué un pañuelo de papel en mi bolsillo para secarme la frente de las gotas que resbalaban por el flequillo, cosa absurda porque allí dentro todo estaba empapado, y entre otras cosas encontré las llaves del Corsa. Sonreí con tristeza. Juro y perjuro que aparecieron por arte de algún oscuro sortilegio. Teresa suspiró sonoramente a mi lado, seguro que ella estaba conectada con las meigas y le habían puesto al corriente de mi hazaña, por algo era gallega.

Por fin regresé al adosado deprimida y muy, muy cansada. Estaba intentando abrir la cerradura cuando mi vecina adosada izquierda salió a mi encuentro y empezó a hablar a una velocidad de vértigo, como solía. No fui capaz de entender, le aconsejé que parara.

—Por favor, Eugenia. Estoy un poco espesa así que empieza por el principio.

—Yo tampoco comprendo nada. Esperaba que tú me lo explicaras. Vino un hombre muy alto, muy flaco y muy negro que traía algo para ti. Resultó que era el coche ése del crío, el que le regaló tu marido…

—Puntualizo: ex -marido.

—Vale. Pues, ¡venía despatarrado montado en él! Era tan alto que podía agitar las piernas dando zancadas mientras permanecía sentado en el centro para dirigir el volante, las movía muy deprisa para acelerar el cachivache y los pies rozaban el suelo. Le di las gracias.

Parecía que al *Watusi* le había gustado tanto el invento que hasta lo consideró para su uso propio, no le hizo ascos a falta de uno más «ad hoc» para su estatura.

—Entonces me regaló esto para ti. Hablaba mal español pero lo que intentaba decir es que este chisme podría interesarte. Me aseguró que si lo sabes utilizar es más rápido que el coche del niño.

Y la buena de Eugenia me saca un artefacto que anuncian en la tele y que, según parece, ha sido el juguete más vendido del verano. Se trata de un palo que por un extremo tiene una cabeza de caballo y relincha si le aprietas una oreja y por el otro una base con muelles sobre la que se puede saltar. Vamos, que te agarras a los palos transversales que sobresalen a modo de asas del central, te subes al soporte, te impulsas y pegas unos brincos descomunales. Tal corcel se llama *«Trotohorse»* y, lógicamente, también te permite darte una buena galleta.

—Ya me contarás de qué va esto.

—De verdad, no podría.

—Comentó que lo encontró en el parque, algún niño debió dejarlo olvidado. Era un hombre muy atento.

—Sí, muy amable.

—Le di cinco euros.

—Bien hecho.

¡Qué horror! No quería ni imaginarme trotando a través del prado en dirección al instituto y aparcar después el *«Trotohorse»* en la plaza del jefe de estudios, que es el más gruñón. Sin embargo, al subsahariano no debía parecerle una idea tan descabellada, vamos que me veía en el papel. Le di a Eugenia el dinero y metí a empujones el potro trotón y el mini 4x4 en el adosado. De paso maldije el escalón de entrada al chalecito, un poco más bajo que los demás y en el que siempre tropezaba. Mi hijo estaba dentro y se le iluminó la cara cuando vio el juguete que me había estado pidiendo durante meses y al que reiteradamente me negué por considerarlo peligroso. Se me enganchó al cuello y me abrazó con fuerza. Como chico listo que es, no me preguntó a cuento de qué le traía ahora el caballito.

Si no fuera por estos instantes de felicidad la vida no tendría sentido. Por cierto, no me he presentado. Me llamo Gloria. Gloria Tabernero.